

18/12/41

Leg 5: paquete 1º

El celibato del Clero.

p. 28

371

27

DISCURSO

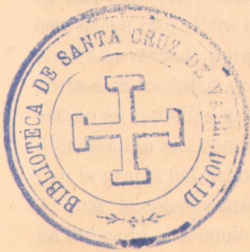
SOBRE

EL CELIBATO DEL CLERO,

pronunciado en la Universidad de Madrid,

por D. Pedro Saenz de Benzano,

en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor
en sagrada Teología.



Madrid.

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE D. M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1851.

UVA. BHSC. LEG. 05. 1. n.º 371

U/Bc LEG 5-1 n.º 371

HTCA



1>0 0 0 0 2 7 9 2 9 2

DISCURSO

DE LA COMISIÓN DEL GOBIERNO

de la Universidad de Madrid

por D. Hilario Sánchez de Guzmán

en el día de la apertura de las clases de 1871



Madrid

Imprenta de la Universidad de Madrid

de la calle de San Jerónimo, 14

1871

EXCELENTISIMO SEÑOR.

Es indudable que el celibato del clero es el blanco adonde los falsos filósofos han dirigido siempre sus tiros con furor satánico ; es indudable que no hay cosa mas aborrecida de ellos : apenas se encontrará punto mas fuertemente combatido. No hay, en verdad, libro filosófico, ni se ha escrito folleto, particularmente desde el siglo XVI, en que no se trate de impugnar el celibato, ya de los regulares, ya de los eclesiásticos. Los incrédulos levantan su voz, y con trueno estrepitoso intentan desecharle del cristianismo. Si; desde que los enmendadores de las cosas sagradas enarbolaron el estandarte de rebelion contra este punto, á la par que contra la columna firme de verdad, no ha cesado la malamente llamada filosofia de impugnarle, ya considerándole como un yugo insoportable y nada conveniente, ya como perjudicial á la sociedad, ya en fin, bajo otros diferentes aspectos imposibles de enumerar en este breve rato. Pero en vano, porque jamás la mentira triunfará contra la verdad, porque son bien conocidas las ventajas que reporta á la sociedad, porque es manifiesta la conveniencia de este estado en aquellos que han tenido la dicha de ser elevados á una dignidad tan alta como la del sacerdocio, porque es un yugo suave con la gracia del Señor : este celibato será objeto de mi discurso. Al cual le consideraré tan solo bajo los tres puntos de vista que he indicado, haciendo ver que la ley de la continencia impuesta á los ministros del altar es convenientísima á su ministerio, útil á la sociedad, y lejos de ser un yugo insoportable, constituye la felicidad de los que la profesan.

Loca seria mi pretension, grande mi orgullo, si me propusiese sorprender á este ilustrado claustro con alguna idea original. An-

tes por el contrario, me he visto precisado á recoger lo que se halla esparramado en los mas célebres autores que se han ocupado de esta materia. Y aun así, me veo todavía precisado á implorar, como de hecho imploro, vuestra indulgencia y la del respetable auditorio que me honra con su presencia, bien persuadido de que sabrá disimular mi insuficiencia.

§. I.

Son tan santos los oficios que desempeñar debe el sacerdote, que exigen, sin disputa, una vida tambien santa, una vida, por decirlo así, angelical, una vida celestial.

El sacerdote debe visitar á los enfermos, ocurrir solícito á la necesidad del menesteroso, administrar los sacramentos; y ¿quién puede dudar la imposibilidad moral que hay en que uno que ha contraído el vínculo del matrimonio cumpla exactamente estos ministerios santos?

La continua oracion en que debe ejercitarse, exige tambien una vida toda santa, una vida toda pura, una tranquilidad inalterable: tranquilidad generalmente desconocida del que ha tomado el estado del matrimonio. La esposa, los hijos, las necesidades que como cabeza pesan sobre él, le tienen siempre en agitacion; y su corazon se halla dividido, como dice con acierto el Apóstol: *Qui sine uxore est, sollicitus est quæ Domini sunt, quomodo placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est.* Al sacerdote célibe nada le impide para cumplir con la carga que se ha impuesto. Abstraído de los negocios del mundo, todo puede ocuparse en servicio de su Dios y en beneficio de la sociedad. El sacerdote célibe arrostra libremente los peligros: cuando la guadaña de la muerte rodea á sus hermanos, corre presuroso á su socorro. Nada teme, nada le arredra; ni lo peligroso de la intemperie, ni el contagio de la enfermedad, ni los hálitos pestilentes del moribundo. Todo lo arremete con valor, y donde ve el peligro allí se lanza con celo, para dar los auxilios de la sacrosanta Religion. Ejemplos repetidos tenemos de la heroicidad que han manifestado en

todas ocasiones los célibes. Dígalo Cádiz, cuando se vió invadida de la fiebre amarilla. El contagio hace estragos; los enfermos están amontonados, por decirlo así, en las calles y plazas, y desamparados de todos los demás, solo encuentran auxilio en los sacerdotes. Si el hermano no reconoce á su hermano por el temor del contagio, y si el amigo se retira de su amigo, el sacerdote corre presuroso para llevar la dulzura y el consuelo á los infelices que se encuentran en las aciagas puertas de la muerte; su corazon virgen se halla inflamado de la mas acendrada caridad; absuelve al penitente, y deposita en su corazon al Dios tres veces santo; dando ejemplo de esta heroicidad el Sr. Cienfuegos. Dígalo tambien Madrid, y España toda, cuando el Dios de las venganzas derramara los rayos de su indignacion, enviándonos el terrible azote del cólera-morbo. ¿No se vió entónces á los ministros del Altísimo llevar por todas partes el único consuelo que podia desearse en circunstancias tan deplorables? Si: desde el mas infimo de los eclesiásticos hasta las primeras dignidades, todos corrian á amparar al desgraciado; todos se hallaban inflamados por el celo de la casa de Dios. ¡Y cuántos no fuéron presa del contagio! ¡Es que Dios les llamaba á recibir el premio de sus fatigas! Grande, sí, á no dudarlo, fué la heroicidad de los españoles. Pero entre los actos heroicos que ejecutaran, ninguno mas notable que el que se dejó ver en esta corte. A los mismos que pocos dias hacia habian invadido el santuario, corriendo con furor satánico el claustro y el coro, para clavar impávidos el puñal en el corazon de los ministros del altar, á los mismos que profanando el templo deramaron la sangre inocente en presencia de todo un Dios, sin que la autoridad pudiese contener el ímpetu de las turbas furiosas para evitar tamaños atentados, á estos mismos, digo, les prestaban los ministros que pudieron salvarse los auxilios espirituales; y no tomaron otra venganza que rogar á Dios por ellos, diciendo: «Perdonadles, que no saben lo que se hacen.» Innumerables ejemplos se encuentran de esta clase; y ¿pudieran los sacerdotes proceder de esta manera si no se hallasen abstraídos de los negocios domésticos? No. Solo á los que consagran á Dios su virginidad están reservados estos ópimos frutos, porque ellos solos pue-

den entregarse de lleno al desempeño de las grandes obligaciones que como ministros de Dios pesan sobre ellos. Por el contrario, quítese la ley de la continencia, cásen los sacerdotes, y ya los veremos en un continuo embarazo. Ocupados por necesidad en los negocios domésticos, desatenderian los oficios comunes. Se les veria solícitos por la suerte de sus hijos. Y de aquí ¡qué males no se seguirian! Los beneficios eclesiásticos recaerian sobre ellos; las dignidades eclesiásticas se harian hereditarias, y hé aquí que subiendo al sacerdocio sin vocacion, por solo el interés, los eclesiásticos serian la piedra de escándalo de los pueblos, y debiendo estos por su ministerio contener la depravacion de costumbres, serian del todo ineptos, puesto que con su ejemplo la fomentaban.

El sacerdote casado y que tiene sucesion, en la obligacion de instruir á sus hijos, desatenderia la educacion de los demás, faltando de este modo á uno de sus principales ministerios cual es la enseñanza á que está obligado, como pastor á cuidar de su rebaño. Y en fin, deberia desempeñar otras muchas obligaciones que lleva consigo el matrimonio y que son suficientes para retraer á no pocos de tomar este estado. El célibe se ve libre de esto, y así puede mirar por los negocios comunes, y entregarse de lleno al cumplimiento de todos sus deberes. No disparará los bienes eclesiásticos; lejos de hacer hereditarias las dignidades eclesiásticas, de donde vienen tamaños males á la Iglesia, las dará al mas digno. El célibe puede libremente distribuir sus bienes á los pobres, visitar al que se halla gimiendo en el lecho del dolor, sin temor del contagio; puede defender la verdad con mas teson, despreciando el destierro, los bienes terrenos y la vida misma. La experiencia nos acredita esto. ¿No se ve á los presbiteros griegos embarazados para cumplir con su ministerio? ¿No vemos á los ministros protestantes afanados en sus propios negocios toda la semana, dedicando tan solo dos horas los domingos en cumplimiento de su ministerio, y esto en la lectura de cualquiera libro? Sí, todo su afan es mirar por la suerte de su esposa y de sus hijos. Los grandes estipendios que reciben los convierten, no en socorrer á los pobres, sino en utilidad propia, en acrecentar sus bienes, valiéndose hasta de medios indecorosos. Si se presenta alguna enferme-

dad contagiosa, huyen. Si es preciso marchar á regiones extrañas á predicar el Evangelio, contratan, por decirlo así, las misiones, y solo las practican despues de haber recibido cuantiosas sumas de dinero para hacerlas con comodidad; y marchando con su esposa é hijos evitan toda molestia y se entregan á los placeres mundanos. De aquí el desprecio con que generalmente son recibidos semejantes misioneros; de aquí la esterilidad de sus misiones. ¡Qué diferencia tan asombrosa entre los misioneros católicos y los protestantes! Aquellos, ardiendo en el fuego divino, marchan celosos con un santo Cristo, y sin mas riquezas surcan los mares, atraviesan las montañas y se lanzan en los mayores peligros por llevar la luz á los que se hallan en las sombras de la muerte, y adornar las almas de aquellos infelices con la estola cándida de la gracia, lavándolos con las aguas de la regeneracion. Estos por el contrario, impulsados por la avaricia, marchan sin fervor, predicando sin fe, obran sin caridad, y puesto su corazon en las delicias terrenas, solo se ocupan en su bienestar. Y si es que hay en ellos alguna chispa de amor por el bien de sus semejantes, las persuasiones de la esposa y las tiernas súplicas de los hijos hacen que desaparezca de un todo, pintándole con negros coloridos el peligro á que se expone, y poniéndole delante la aciaga suerte que les espera si llega á perecer. El célibe no oye mas consejos que los del Dios á quien se ha consagrado, y muerto ya para el mundo, ansia por la union con él. Animado de estos sentimientos y desprendido del amor fundado en carne y sangre, no teme perder la vida cuando es necesario sacrificarla por la salvacion de las almas, porque considera la muerte como un tránsito feliz á la patria celestial. Si ama su vida es tan solo para trabajar en la viña del Señor y en obsequio de la humanidad. De modo que puede decir como el Apóstol decia á los Filipenses (1): *Coarctor autem à duobus: desiderium habens dissolvi et esse cum Christo, multo magis melius; permanere autem in carne necessarium propter vos*. Posesionados de este deseo, se ocupan con afan en su ministerio santo, atrayendo de este modo millares de almas al conocimiento del verdadero Dios. Solo S. Francisco Javier bautizó por su mano á mas de un millon

(1) C. 1, v. 23.

de infieles y atrajo á la religion católica á muchos príncipes y reyes. ¿Y cuántas no fueron las iglesias que edificó, no obstante las duras persecuciones que sufrió de parte de los herejes? Pero no es necesario acudir á tiempos tan remotos, no es necesario acudir al siglo xvi. Examinemos las misiones mas recientes. Aun omitidas las pertenecientes al Paraguay, de las que se ha ocupado con mucho acierto Muratori (1), las del Brasil y Nueva Francia, ¿cuán admirables no son los frutos que en nuestros mismos dias han producido y producen los misioneros católicos entre los iroquenses y otros pueblos silvestres de la América? Millares de almas han conocido la luz por el celo de estos operarios del Señor. Esto mismo puede decirse de las misiones católicas entre los indios orientales. El Dr. Buchanan confiesa que en el espacio de pocos años, á pesar de las crueles persecuciones que contra ellos se suscitaban, convirtieron en sola la isla de Ceyla cincuenta mil, al paso que las misiones protestantes perecieron de un todo. No es menor el fruto producido entre los chinos, puesto que desde 1800 á 1827 se cuentan veinte y dos mil bautizados en sola una provincia. En fin, esto ha sucedido y sucede con poca diferencia en todas partes donde ponen los pies los misioneros católicos; sin que los protestantes hayan podido conseguir en los mismos puntos el mas pequeño triunfo, á pesar de los grandes medios humanos de que disponen: casi todas sus misiones están en decremento, ó han perecido enteramente. Jamás en sus relaciones refieren el número de individuos convertidos, y si alguno lo ha hecho ha sido desmentido por otros. Todas sus cartas se reducen á manifestar las esperanzas que conciben para en adelante. Ellos mismos no han podido menos de confesar su inutilidad para predicar con fruto la palabra de Dios; no han podido menos de confesar la esterilidad de sus misiones. Esterilidad demostrada hasta la evidencia por el célebre Wiseman en su erudita disertacion sobre esta materia. Ahora bien, ¿quién puede dudar que esta diferencia que hay entre los misioneros católicos y protestantes proviene, en gran parte, del estado de ambos? En que los unos, ocupados en los negocios domésticos, entregados á los intereses propios, miran con indife-

(1) *Il Cristianesimo felice nelle missioni del Paraguay.* — Venecia, 1743.

rencia la suerte de los demás; y los otros, habiendo renunciado á todo lo terreno y perecedero, libres de las pesadas obligaciones del matrimonio, solo se ocupan en la salvacion de las almas para salvar tambien la suya? Es sí, á no dudarlo, manifiesta la utilidad del celibato para cumplir con uno de los oficios mas grandes que tienen que desempeñar los ministros del Altísimo, cual es la predicacion del Evangelio.

Pero hay todavia otro oficio impuesto á los ministros, de mas trascendencia en mi concepto que los que llevo referidos. El sacerdote es un mediador entre Dios y los hombres; el sacerdote está destinado á aplacar la ira de Dios, y para esto ofrece todos los dias una hostia santa, una ofrenda pura. ¿Y cómo acercarse al altar, á ofrecer al Autor de la pureza, aquel que no es casto y puro? ¿Cómo, el que disfruta de las delicias terrenas se atreverá á tomar en su mano con tanta frecuencia á un Dios para depositarle en su corazon? ¡Ah! esto no puede serle agradable. La decencia de este santo ministerio está perfectamente de acuerdo con el celibato. Ideas mas respetuosas que los protestantes tenían del sacrificio los gentiles. Uno de ellos nos lo manifiesta con las siguientes palabras: «A vosotros tambien os mando que os alejeis: apartaos de los altares, vosotros, á quienes en la oscuridad de la noche ha proporcionado Vénus sus placeres. La castidad es cosa agradable á los dioses: venid pues con intencion pura, y tomad el agua de la fuente con manos inocentes (1).»

Las vírgenes vestales, esto es, las seis doncellas obligadas á guardar virginidad en honor de la diosa Vesta, entre las que ha merecido un lugar distinguido Tuscia; y las nobles vírgenes romanas, entre las que floreció Claudia, eran miradas por los gentiles con respeto y veneracion. ¿Y de dónde este respeto y veneracion? De que estaban persuadidos que la virginidad era agradable á los dioses. ¿Permitiremos pues los cristianos que los gentiles nos aventajen en pureza? Negaremos al verdadero Dios el don precioso de la castidad, que algunos idólatras no negaban, en medio de la depravacion de sus costumbres, á sus falsas deidades? No. Nosotros conocemos la excelencia del celibato. Nosotros tenemos

(1) Tibul. Eleg. 4, L. 2.

presente el ejemplo de Jesucristo, la virginidad de Maria y la preferencia que el Eterno Padre hiciera de la castidad, no permitiendo que fuese madre de su amado hijo otra que una Virgen purísima. Nosotros, en fin, conocemos que la ley santa de la continencia es convenientísima á los ministros del altar.

§. II.

No es menos cierto que de la ley de la continencia resultan inmensas ventajas á la sociedad. En efecto, esta ley santa hace que la sociedad se aumente, progresa la enseñanza, se cultiven las buenas artes, se funden establecimientos de beneficencia y caridad, que la educacion sea mas sólida y religiosa, y en fin, atrae otras ventajas imposibles de enumerar.

Los ministros de la Iglesia, libres por esta ley de todo negocio doméstico, pueden entregarse desde luego á la utilidad pública de los fieles, como ministros públicos que son. Si por el contrario se hallasen ligados con el vínculo del matrimonio, desatenderian el bien de la sociedad, y todo su ánimo se ocuparia en mirar por sus cosas particulares, empleándose tan solo en la utilidad pública cuando nada tuviesen que practicar para sí.

Los ministros célibes son mas á propósito para comunicar la fuerza moral y religiosa á las familias particulares; para que los consortes se amen mutuamente, para estimularlos á la paz y tranquilidad, para retraerlos de los vicios é incitarlos á la virtud, constituyendo de este modo su felicidad, y favoreciendo á la propagacion. ¿Y quién puede dudar que de la firmeza y conservacion de las familias pende la firmeza y conservacion de la sociedad que se compone de todas las familias? Hé aquí pues que el clero célibe contribuye mucho mas á la propagacion y conservacion de la sociedad, que un clero casado. De aquí inmensas ventajas tambien á los individuos, porque la sociedad no es otra cosa que la reunion de los individuos.

No son menos idóneos para la enseñanza. Porque ¿quién mas á propósito para practicarla y perfeccionarla, que aquel que puede entregarse á ella exclusivamente y que por la excelencia de su

vida se puede captar la voluntad y confianza de todos? Tal es el sacerdote célibe, que puede ocuparse de lleno en instruir á la juventud, ya en la carrera literaria, ya en la ciencia religiosa, ya finalmente en la piedad y en la moral. De aquí es que los padres entregan con la mayor confianza á sus hijos en manos de los ministros célibes. Y es bien sabido que cuanto mayor es el influjo que ejerce el ministro sagrado en la enseñanza, es mayor tambien la instruccion y cultura civil. Esta instruccion intelectual y moral se extiende á las buenas artes, á las ciencias, á las letras y á todo lo concerniente á la vida de un buen ciudadano. Compárense los edificios públicos, principalmente los templos, los hospitales y otros establecimientos que levantaron los sacerdotes célibes, con los de los protestantes. ¡Qué diferencia tan asombrosa! Ya en la edad media, ya en los siglos posteriores, por todas partes se dejan ver colosales edificios que asombran á la posteridad, fruto de los sacerdotes católicos. No son de peor condicion los monumentos de pintura, escultura etc. Los protestantes por el contrario, ó no los levantan, ó son sumamente mezquinos. ¿Y de dónde han tenido tambien su origen é incremento los establecimientos de beneficencia y caridad, sino del estado célibe de los sagrados ministros? Echemos una rápida ojeada por toda Europa, y en las cortes y provincias, y en las mas humildes villas y aldeas, veremos estos establecimientos debidos al celibato santo. Y á la verdad, en tanto son considerados los ministros en la sociedad como padres de todos, en cuanto que apartados de los negocios domésticos por su género de vida se entregan al cuidado de la multitud de huérfanos, enfermos y menesterosos que se le ha encomendado. En ellos no hay impedimento alguno para ejercer aquella caridad acendrada que les prescribe la religion cristiana. En este estado los ministros pueden ser mediadores entre el pobre y el rico, entre el débil y el poderoso, y buscar medios por todas partes para socorrer al indigente. De aquí la confianza con que el rico les entrega las limosnas, y la fe con que á ellos acuden los pobres.

¿Y cómo hacer todo esto, si se hallase ligado con el vínculo del matrimonio? Pero acudamos á la práctica.

Esta nos dice, que tanto mas florecieron los reinos ó provincias

y fueron abundantes en individuos, cuanto mas en ellos ha florecido el clero célibe. Si la Europa llego al cúlmen del poderio y opulencia en que la hemos visto, todo se debe á tan útil institucion. Compárense, si no, la Italia, las Galias, la Bélgica, el Austria, la Helvecia católica y la Hibernia, con las demás regiones en las que el celibato fué proscrito por los ministros, y veremos que las primeras excedieron, en igualdad de circunstancias, en abundancia de individuos. Lo que no puede atribuirse á otra cosa que á la vida célibe del clero y á la fuerza de la religion, que hace que los derechos del matrimonio se observen mas santamente, que se aseguren, conserven y aumenten las familias.

Exáminense las tablas geográficas de Europa y Asia de los mas célebres geógrafos de nuestro siglo, como Balbú, ~~T~~ etc., y en ellas veremos el exceso que hay en las regiones que florece el celibato, con relacion á aquellas en las que ó no existió ó lo proscribieron.

La Italia en cada milla cuadrada contiene sobre doscientos veinte y cinco individuos, y el Imperio chino tan solo cuarenta y dos individuos en cada milla. Excede tambien á la Prusia, que no contiene mas que ciento cincuenta y seis. La Bélgica, que es sumamente católica y abunda en instituciones religiosas y en varones eclesiásticos, contiene cuatrocientos cincuenta y tres individuos por cada milla. Pero dejando á un lado las demas naciones, examinemos la cuestion en nuestro propio suelo, puesto que tanto se acusa al celibato del clero por la escasez de los habitantes. Es cierto que la España no ha contado con tantos habitantes generalmente como las demás naciones; pero ¿se puede afirmar con razon que el celibato del clero haya sido la causa? Nada menos que esto. Ténganse presentes las varias fases que ha sufrido, las guerras continuas que se ha visto precisada á sostener, por espacio de casi ocho siglos, con los sarracenos para librarse de su yugo, y otras que ha sostenido tambien contra los franceses, y entonces se verá la verdadera causa. Téngase tambien presente los muchos que marcharon al descubrimiento de la América, y otras circunstancias semejantes, y no se culpará al celibato del clero de ser la causa de la escasez de los habitantes. Para convencerse de

esta verdad no hay mas que ver que apenas se vió libre de estas perturbaciones, cuando en el espacio de diez y nueve años, esto es, desde el año de 1811 hasta el 1830, se aumentó con cuatro millones, aun cuando el clero regular y secular ascendia á un millon. Prueba nada equívoca de que el celibato eclesiástico, lejos de disminuir la población, la aumenta. — Mas con respecto á la instruccion intelectual y religiosa, ¿qué es lo que nos dice la experiencia? Lo que nos dice es que el clero católico por todas partes ha abierto escuelas gratuitas con este objeto, en las que nadie ha sido excluido de la instruccion y cultura necesarias. Compárense las escuelas llamadas normales, que los protestantes han fundado, con esta instruccion literaria de los católicos, y al punto aparecerá la gran diferencia de ambas. De las primeras siempre salieron buenos ciudadanos, excelentes magistrados, buenos padres de familias. Por el contrario, de las segundas salieron hombres protervos, revolucionarios, incrédulos y, por consiguiente, azotes de la sociedad. De aquí la decadencia de estas escuelas. Apenas nacieron estas escuelas normales, cuando incautamente las admiraron aun algunas ciudades católicas; pero al poco tiempo vieron los funestos frutos, y conocieron el árbol. Los jóvenes se hallaban hinchados de arrogancia; depravadas sus costumbres, desconocian el pudor, y de aquí resultó que estas escuelas desaparecieron poco á poco, cediendo el puesto á los institutos eclesiásticos y religiosos.

En fin, ¿cuán sólida no es la caridad del clero célibe para fundar establecimientos de beneficencia en socorro de los huérfanos y de los frutos de ese celibato impío, profesado por una juventud depravada, contra el que debieran mas bien los filósofos levantar el grito; para socorro de los dementes, mudos, ciegos, y para aliviar las demás miserias que aquejan á la humanidad? Con envidia miran los protestantes estos hospicios y domicilios de caridad; y es tal su esterilidad, que jamás han podido, aunque hayan puesto todo su conato, hacer algun establecimiento que pueda compararse con los de los católicos, y solo han dado una pequeña sombra en sus imitaciones. Apenas se encuentra uno entre ellos que quiera entregarse á tantos sacrificios, sin esperanza de retribucion, para alivio de los miserables; ni aunque lo desearian, po-

drian practicarlo, ocupados de los negocios domésticos. Por el contrario, innumerables son los establecimientos de caridad entre los católicos, en los que se consagraron y consagran varones y mujeres para consuelo de los miserables, y consumen toda su vida en estas obras de caridad que la naturaleza resiste. Jóvenes nobles, educadas con delicadeza en la casa paterna, ¿no las vemos que consagrando á Dios su virginidad, renuncian á la vanidad del mundo, renuncian á toda esperanza humana, y se emplean humildes en aliviar las molestias é incomodidades de los enfermos? ¿No las vemos que, impertérritas en medio del contagio, consuelan al desgraciado, sin proponerse otro fin que el sacrificio de su propia vida? Y sin embargo, ¡qué alegres pasan la vida! Miles de ambos sexos en todas partes abrazan este género de vida, y no contentos con ejercer estos actos de caridad en sus propios países, surcan los mares para penetrar el Asia, Africa y América, y ejercer entre las naciones bárbaras y silvestres estos actos de beneficencia. ¿Cómo pues harían esto si no se hallasen célibes? Sucedería como entre los protestantes: no digo las mujeres, sino los mismos ministros, se retraen al mas mínimo peligro, con el pretexto de que no quieren llevar el contagio á sus casas con peligro de la esposa é hijos. Esto respondieron hace algunos años los protestantes en los estados federados de la América, cuando una enfermedad contagiosa devastaba aquellas regiones. Esto mismo respondió el arzobispo anglicano dublinense á los cargos que se le hacian. Y bien, ¿no prueba esto hasta la evidencia la mejor condicion del celibato eclesiástico? Sí, el celibato es conveniente á los ministros, y es utilísimo á la sociedad.

§. III.

¿Pero será una carga tan pesada como nos la pintan los filósofos? Nada menos que esto. Téngase presente que si es cierto que la Iglesia exige el celibato á sus ministros, á nadie obliga á que abraze este estado, y lejos de obligar, no permite que se abraze hasta después de pruebas repetidas y en edad en que puede conocerse lo que conviene. Pero ¡qué inconsecuencia la de los filósofos,

en esta como en otras materias! Creen que no es suficiente la edad de veinte y un años para abrazar el celibato, y creen suficiente la de catorce para abrazar el matrimonio, que lleva consigo cargas mil veces mas pesadas! Y sobre todo, ¿quién podrá instruirnos mejor en esta materia, que los mismos que han consagrado á Dios su virginidad? Pues bien, ¿qué nos dicen estos? ¡Ah! lo que nos dicen es que, lejos de considerar su estado como un yugo insoportable, encuentran en él su felicidad. Y en efecto, cuando los filósofos de la Francia en medio de su locura profanaban los templos, destruían los altares, degollaban los ministros, abrieron las puertas de los conventos, diciendo que las religiosas se hallaban en ellos contra su voluntad, y que pronto volarian al matrimonio y á los placeres mundanos, ¿qué es lo que sucedió? ¡Ah! vírgenes santas desprecian lo mundano y precederо! Conventos enteros prefieren el destierro y la muerte misma ántes que quebrantar los votos con que se habian ligado. Y una superiora no vaciló un momento en marchar con pié firme al cadalso, con todas sus hijas, y entonando desde la puerta del convento la letanía de la Virgen, cesa tan solo este armonioso canto cuando todas perecen. Con solo renunciar á sus votos se hubieran librado de tamaños males, y sin embargo no lo hacen: es porque encontraban en su estado la felicidad. No es pues insoportable la ley de la continencia, y si alguno no se cree capaz para ello, tenga presente lo que se dice en el cap. 19 de San Mateo: «No todos son capaces de esta resolucion, sino aquellos á quienes se le ha concedido de lo alto... Aquel que pueda ser capaz de ello, séalo.» Y si aun algunos que han abrazado el estado eclesiástico encuentran alguna dificultad en ello, acudan á la oracion, porque Jesucristo ha dicho: *Petite et accipietis*.

Puesto que es un don del cielo, pídase al cielo, é imítese al autor del Libro de la Sabiduría, que dice: *Ut scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiæ, scire cujus esset domum, adii Dominum et deprecatus sum illum* (1).

En vista pues de la excelencia y utilidad del celibato del clero, ¿qué objeto se proponen los impíos en declamar tanto contra él?

(1) C. VIII, 21.

¡Ah! ya nos lo ha dicho un individuo de esa Compañía santa, de esa Compañía por excelencia, de la Compañía de Jesus, el P. Feller: «Cuanto mas lo reflexiono, dice, mas me convenzo de que no puede ser otro el motivo, que justificar, por una soñada *necesidad*, su abominable vida, el desenfrenado libertinaje de costumbres que extiende hoy el desórden á todos los estados, y esa lascivia vaga y destructora de ellos mismos y de las miserables víctimas que son su objeto ó el fruto; legitimar en algun modo la existencia de *esa multitud de niños expósitos, abandonados*, como se expresa el Diccionario enciclopédico, *por una filosofía toda brutal*; ultrajar, en fin, y *blasfemar*, como dice el Príncipe de los Apóstoles, *de la virtud de aquellos, que, con asombro de los libertinos, no quieren degradarse por la misma confusion de lujuria* en que ellos están encenagados.»

Este es, sí, el fin que se proponen. Pero en vano, porque el celibato seguirá á su pesar honrando á la religion, conservando la dignidad del culto divino, y reportando inmensos beneficios á la humanidad. Honra pues y gloria al celibato santo, ignominia y detestacion á la impiedad que clama contra la ley santa de la continencia, que es tan conveniente al estado de los ministros del altar, que tantas ventajas reporta á la sociedad, y que en fin constituye la felicidad de los que la profesan. He dicho.

Madrid de junio de 1851.

PEDRO SAENZ DE ZENZANO.

